

LAS NOCHES LÚGRUBES

Estrépito y resplandor

Como se sabe, yo soy uno de los trescientos dos supervivientes de Madrid, ciudad que en el momento de la explosión contaba —según el último censo— con 3.324.403 habitantes. Mi foto ha circulado profusamente; no voy a insistir en ello.

Lo que sí me divierte recordar ahora —en que la vida se me apaga por causa de las radiaciones y no tengo otro placer que mis recuerdos— es una anécdota que me sucedió pocos días después de la catástrofe. Lo cuento como cosa pintoresca y en cierto modo cómica, pues es verdad que el humor es una planta extraña que surge hasta en las situaciones más trágicas y catastróficas.

Cuando yo volví en mí estaba en un improvisado hospital que había montado en Vitoria la Cruz Roja Suiza. En la cama de al lado dormitaba un señor cuyo aspecto resultaba un poco extraño por causa de algunos aparatos empleados en su tratamiento, entre los que recuerdo el balón de oxígeno, el manómetro, unas gafas negras —luego supe que había perdido los ojos (no sólo la vista, entiéndase, sino también los órganos visuales)— y la pinza metálica en que terminaba su antebrazo derecho (el brazo izquierdo lo había perdido como consecuencia de la explosión; luego me enteré de que seguía viviendo gracias a un corazón electrónico). En este conjunto, una cosa me hizo gracia; en su boca brillaba un diente de oro. Pero no se trata de eso.

Yo no podía moverme, pues, como se sabe, había perdido los brazos y las piernas; soy una cabeza (completamente calva como consecuencia de la intensa radiación que sufrí) y un tronco, en el que también faltan, no me avergüenza decirlo, los órganos genitales. Así, pues, sin moverme, hice un comentario en voz alta, por si mi vecino quería conversar un poco para distraernos.

—Cuando yo oí el estrépito —dije— estaba en el parque del Oeste leyendo tranquilamente una novela. Era una mañana deliciosa. ¡Quién me iba a decir que se avecinaba una cosa tan horrible!

—¿Qué estrépito? —oí la voz ronca y metálica de mi vecino; evidentemente le habían hecho una traqueotomía o algo parecido (soy profano en la materia), pues la voz salía a través de un orificio de la garganta; luego me enteré de que defecaba por un ano artificial que era una especie de tubo elástico directamente enchufado a una cloaca.

Me extrañaron sus palabras.

—El estrépito de la bomba —dije malhumoradamente—. ¿Qué estrépito va a ser?

Hubo un silencio molesto.

—Yo vivía —dijo él roncamente— en las Ventas del Espíritu Santo.

—¿Qué quiere decir con eso? —le interrogué.

—Era limpiabotas —suspiró, y del agujero de su garganta se escapó, silbante, un leve ronquido.

—¿Y?

—Había ido a los pinos de Canillejas esa mañana cuando, de pronto, me cegó el resplandor —musitó el vecino, cuya desmedrada vitalidad se advertía en el esfuerzo que le costaba dialogar conmigo.

—¿El resplandor? ¿De qué? —le pregunté con cierta insolencia.

—De la bomba —me contestó sin inmutarse, con un chasquido desagradable.

—Se hizo una oscuridad absoluta —le expliqué, paciente— al tiempo que se oía el enorme ruido de la explosión atómica.

—¡Un resplandor enorme —me replicó con ira— y un perfecto silencio! Eso fue lo extraño: que todo empezó a vacilar sin que se oyera ruido alguno.

Creí que se burlaba de mí o que su cerebro también había sido afectado por la bomba.

Esta es, en suma, la pintoresca anécdota. Como se ve, su carácter cómico estriba en que ni mi vecino ni yo, en aquellos momentos, sabíamos que las dimensiones y diferencias de las longitudes de onda (sonora y luminosa) ocasionan ese fenómeno (que —según he sabido después ya fue observado de modo parecido en Hiroshima)

de que en los lugares más próximos al lugar en que cae la bomba —en este caso, fue Torrejón de Ardoz— se percibe un silencioso resplandor, mientras que, a partir de cierto radio, se siente un gran estrépito y caen sobre el mundo las tinieblas. Nuestra ignorancia produjo esta cómica situación que hoy me he complacido en recordar y que no tuvo peores consecuencias porque ni él ni yo —permítaseme que termine con esta chistosa frase— podíamos, por razón de nuestras mutilaciones, llegar a las manos.

La bruja de la calle de Fuencarral

Desde que me establecí en este pisito de la calle de Fuencarral he tenido algunos casos extraordinarios que me compensan sobradamente de la pérdida del sol y del aire; elementos, ay, de que gozaba en los tiempos, aún no lejanos, en que desempeñaba mi sagrado oficio en Alcobendas. Y cuando digo que tales casos me han compensado no me refiero sólo, desde luego, al aspecto pecuniario del asunto (tan importante sin embargo), sino también a la rareza y dificultad de algunos de esos casos; rareza y dificultad que han puesto a prueba —y con mucho orgullo puedo decir que siempre he salido triunfante— la extensión y la profundidad de mis conocimientos ocultos y de mis dotes mágicas.

Pero ninguno de ellos tan curioso como el que se me ha presentado hoy a media tarde. Voy a escribirlo en este diario mío, y lo que siento es no disponer para ello de una tinta dorada que hiciera resaltar debidamente la belleza de lo ocurrido, que más parece propio de una buena novela que de la triste y oscura realidad.

Era un muchacho pálido. Cuando se ha sentado frente a mí en el gabinete que yo llamo de tortura, sus manos temblaban violentamente dentro de sus bolsillos. Ha mirado la cuerda de horca —la cual pende del techo— con un gesto de mudo terror y he comprendido que lo que yo llamo la “preparación psicológica” estaba ya hecho y que podíamos empezar. Después, él ha mirado la bola de cristal; que no es, ni mucho menos, un objeto mágico —no pertenezco a la ignorante y descalificada secta de los cristalománticos—, sino una concesión decorativa al mal gusto, a la tradición y al torpe aburguesamiento que sufre nuestra profesión, otrora alta y difícil como un sacerdocio, viciada hoy por el intrusismo oportunista de tantos falsos magos, de tantos burdos mixtificadores. ¡Ellos han convertido lo que antaño era un templo iluminado y científico en un vulgar comercio próspero e infame!

He dejado (en el relato, no en la realidad) al joven mirando la bola de cristal. Prosigo.

El joven miraba fijamente la bola de cristal y yo le he llamado la atención sobre mi presencia, santiguándome y diciendo en voz muy alta y solemne, como es mi costumbre: “En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo”. “Cuéntame tu caso, hijo mío”, he añadido en cuanto he visto sus ojos fijos en los míos cerrados como es mi costumbre, pues es sabido que yo veo perfectamente a través de mis párpados; lo cual, sin tener importancia en realidad, impresiona mucho a mi clientela cuando describo los mínimos movimientos de mis visitantes,

El relato del joven ha sido, poco más o menos, el siguiente: “Estoy amenazado de muerte por la joven María del Carmen Valiente Templado, de dieciocho años, natural de Vicálvaro (Madrid), dependienta de cafetería, la cual dice haber dado a luz un hijo concebido por obra y gracia de contactos carnales con un servidor; el cual que soy de la opinión de que la Maricarmen es una zorra que anda hoy con uno y mañana con otro y que lo que ahora quiere ni más ni menos es cargarme a mí el muerto —o séase, el chaval.

“Mi nombre es Higinio Rosales Cruz, de veintinueve años, natural de Getafe, de profesión oficial de churrería, con domicilio en esta capital, en el Gran San Blas, donde tiene usted, señora bruja, su propia casa si de ella hubiere menester.

“Mi caso es que pretendo desgraciar a la Maricarmen de modo que me deje en paz la condenada, para lo cual después de leer algunas obras norteamericanas —que en esto, como en otras técnicas, los yankis van a la cabeza— me he fabricado esta estatuilla de cera que representa a la andova en pelota viva tal como yo la he tenido en la cama sin que a ella, que es una sinvergüenza, le diera ni una pizca de garlochí; y vengo con la pretensión de que usted le endiñe, que usted sabrá el cómo y de qué manera, algún alfilerazo mortal, de modo que la tía golfa abandone esta jodida persecución y me deje en la misma paz que para usted deseo; y hablando así no hago, con perdón de la mesa, más que seguir fielmente la doctrina pontificia de que nos dejemos en paz los unos a los otros.”

A lo cual yo he respondido levantándome y yéndome derecha al acerico; entre las cabezas multicolores he elegido una roja y la he clavado con el debido ritual, en el sexo de la estatuilla, no por hacerle daño, sino tan sólo para impedir a la perdida que continuara su desordenada vida sexual; y acto seguido he penetrado en mi sancta sanctorum y he cogido con las pinzas de plata una de mis arañas locas, la cual la he introducido en una bolsita de cuero, cuya boca he atado con un cordel. Otra vez en la cámara o gabinete (siempre con los ojos cerrados, como es mi antiquísima costumbre), he puesto al cuello del joven el amuleto diciéndole: "Has de llevar esta bolsita, que contiene una sagrada piedra, sobre tu pecho, durante tres días y tres noches; ni una más ni una menos; pues ésta es la garantía de que esa tal desista de su persecución". Y (una vez abonado en caja el importe de la consulta) he acompañado al joven a la puerta y le he deseado, al despedirle, todo género de bienandanzas.

A esta hora en que escribo el joven quizás esté durmiendo. Es seguro que no se ha dado cuenta de que no es una piedra, sino un peludo insecto lo que lleva en la bolsita sobre su pecho. (Estas arañas locas mueven sus patas suavemente hasta el momento del ataque.) Ahora, por la noche, la araña conseguirá (por virtud de su ataque lunático) salir de su encierro; se paseará a su antojo, silbando como acostumbran, por el desnudo cuerpo del muchacho, y morderá por fin en algún lugar propicio —probablemente el pubis— con su repugnante mandíbula que es, por otra parte, una mortal fuente de veneno. El joven morirá seguramente al amanecer entre atroces dolores lo más seguro abdominales.

Yo me he quedado aquí, desvelada. He cogido en mis manos la muñequita de cera. Su rostro se parece, inexplicablemente, al de mi hija pequeña, la cual murió hace un año por su propia voluntad, pues se cortó las venas en el cuarto de baño de una modesta pensión de Tetuán de las Victorias. Era camarera en un bar de la Ciudad Jardín.

En la autopsia se descubrió que estaba embarazada. Ahora beso la frente de la muñequita y lloro.

Metamorfosis de un abogado

Escribo en la primavera de 1963. Desde el momento en que empezó mi enfermedad hasta hoy —en que (ya hace algún tiempo) no puedo salir a la calle—, han pasado casi tres años. Lo primero fue el pelo de la frente, que me hizo objeto de burlas por parte de algunos de mis compañeros de la brigada (yo soy abogado pero ingresé en la policía en enero de 1960), los cuales decían que a mí me ocurría lo contrario que a los hombres normales, es decir, que en vez de perder pelo con los años y sufrir de progresiva calvicie, iba ganando pelo de modo que un día mi frente se estrecharía hasta desaparecer: “Verás, verás cuando te llegue hasta las cejas”, me decían. (Esto sucedió, en efecto, cuatro meses después.)

Ni que decir tiene que he acudido a los mejores especialistas. Al no conseguir nada por ese lado, acudí con no poca vergüenza a un instituto de belleza al que he seguido asistiendo hasta hace un mes, en que la enfermedad había progresado tanto que los cuidados del profesor López Muniain se revelaron inútiles.

La terapéutica ha consistido fundamentalmente en depilación y maquillaje de las partes afectadas por la densa vellosidad. Esta, después de cubrir mi frente, dejó de progresar unas semanas. Respiré entonces aliviado, pues la depilación y el maquillaje de mi frente me permitían desempeñar mi trabajo y pasear o divertirme sin llamar la atención.

Pero duró muy poco mi alegría. La mancha vellosa siguió por un punto (pequeño como una cabeza de alfiler) en el pómulo izquierdo; punto que fue agrandándose hasta cubrir (a los cuatro meses, aproximadamente) gran parte de mi cara.

Otro dato curioso es que mi barba dejó de crecer con normalidad y se convirtió, poco a poco, en un vello oscuro y tupido de las mismas características que la mancha que ya me cubría la frente y todo el lado izquierdo.

Mis compañeros dejaron de reírse, pero hubo algo que me mortificó muchísimo, y es que el comisario jefe me encargaba algunos trabajos difíciles con la idea (aunque él lo negara) de que mi aspecto era terrorífico para los detenidos (por ejemplo, cuando detuvimos a los huelguistas de las minas de carbón).

Por aquel tiempo yo no podía ya hacer vida completamente normal y se atendió mi caso —he de decirlo— con mucha comprensión en las altas esferas. Se me reservó el turno de la noche y no sólo esto: se me concedió un estimulante ascenso administrativo. Tal cosa me permitía salir de casa con las primeras sombras de la noche (tocado con un sombrero de ancha ala, caída sobre unas gafas negras, el cuello de la gabardina subido, y últimamente con una gran bufanda que me daba, supongo, un aspecto estrambótico) y volver a casa antes de las primeras luces del día.

Allí encontraba los víveres que el portero —un hombre de toda confianza, mutilado de la última guerra— me había dejado durante mi ausencia, y me dedicaba a dormir, a comer, a beber, a hacer ejercicios gimnásticos y dar unos cuantos puñetazos al punching tanto por divertirme como por mantenerme en forma.

Pero el mal trabajaba mientras tanto en el interior de mi cabeza. La enfermedad era más grande de lo que, incluso en los peores momentos, pude suponer; y pronto empecé a notar el abultamiento debajo de mi nariz. Había empezado el proceso que terminaría en la formación del hocico en que hoy por hoy se han convertido mi nariz y mi boca. ¡Simultáneamente con esto, la vellosidad se extendería por todo mi cuerpo hasta cubrirlo por completo; proceso que se desarrolló a un ritmo siempre acelerado.)

A la sazón hablé con el comisario jefe y entonces se decidió, previa consulta al Ministerio del Interior, permitirme que me alojara en una habitación del departamento, donde vivo actualmente. No veo desde hace tiempo la luz del sol (esto me angustia un poco) y lo único que hago es trabajar intensamente. Por lo demás no siento en falta libros ni películas. He olvidado por completo mis años universitarios y desdeño profundamente esta estúpida civilización. Tengo buen apetito. Como abundantemente, casi siempre carne de buey en grandes trozos,

apenas pasada por la plancha, sangrante, que yo mismo desgarro sin necesidad de tenedor ni de cuchillo. El filete tártaro, que al principio de todo esto tanto me gustaba, me produce ahora un hondo malestar debido (quizás) a mi cada vez más fuerte y afilada dentadura (lamento, eso sí, que los colmillos monten ahora sobre el labio inferior, pues esto me da un aspecto un poco cruel, sobre todo cuando me río), la cual (la dentadura) parece exigir una potente y tranquilizante masticación. En el restaurán de aquí al lado conocen bien mis gustos y en ese orden de cosas no tengo queja alguna.

No sé, no sé qué enfermedad es ésta. Por otra parte, cada vez me importa menos saberlo, pues a pesar de todo yo me encuentro mejor que nunca y en todo lo demás soy un ciudadano normal, apolítico y respetable, que cumple escrupulosamente su sagrado deber de funcionario público.

El loco danzarín

Trabajaba en una planta baja. Desde mi despacho me distraía a veces, a través del ventanal, con el ajeteo exterior. Estaba tan habituado al ambiente de la calle —trabajaba desde hacía veintidós años como empleado en el mismo almacén de uralita— que aquella mañana me di cuenta instantáneamente de que algo anormal estaba sucediendo.

Sin duda se iba a realizar, cosa frecuente en aquel tiempo, una detención, pues aquellos hombres tan despegados del ambiente habitual de la calle no podían ser otra cosa que agentes de la policía. Advertí que paraban el coche a la vuelta de la esquina y que tomaban posiciones. ¿A quién buscarían? Yo, fumando, les miraba curiosamente.

De pronto, irrumpieron en mi despacho.

Fui detenido.

En efecto, yo estaba en contacto con el F. L. N. y apoyaba, en la medida de mis escasas posibilidades, la causa de la independencia argelina.

Otros han contado, con mucha más autoridad que yo y con muy expresivos detalles, las principales torturas a que eran sometidos los hermanos apresados por las fuerzas paracaidistas —golpes, sed, tortura eléctrica, drogas...—. En consecuencia, no es mi propósito añadir a tales descripciones nada importante.

Sin embargo, me parece curioso que nadie haya hablado del loco danzarín; sistema que, sin embargo, no creo que fuera empleado solamente conmigo.

El día 4 de julio, después de ser cruelmente torturado (en el centro de criba de X...) y en vista de que yo no declaraba los nombres de mis contactos —pude soportar con entereza los golpes en el vientre, las patadas en la boca e incluso que me quemaran los pelos del pubis—, uno de los verdugos dijo: “Está bien, está bien; si no quiere hablar, echadlo al loco”.

Poco después, atado de pies y manos, fui arrojado a un calabozo débilmente iluminado por una bombilla colgante del altísimo techo.

Lo primero que oí fue una alegre risa a mi espalda. Era el loco: un tipo alto, pálido y sonriente. Me miraba y seguía riendo como si mi aspecto le resultara divertido. Después empezó a danzar en torno a mí, que no podía ni moverme y lo miraba con creciente terror. El loco, de pronto, pareció enfurecerse como si algo de mi conducta le enfadara; entonces me golpeó en el pecho con el pie y me cogió por los pelos para después soltar mi cabeza contra el suelo. Gemí. A él pareció irritarle sobremanera mi gemido y tuvo como un ataque de ira; comenzó a gritarme cosas ininteligibles y amenazadoras. Me agarró por el cuello y presionó hasta hacerme sacar la lengua. Rió alborotadamente; después sacó una cucharilla del bolsillo y trató con ella de vaciarme un ojo, relamiéndose como si tuviera un excelente apetito. Entonces grité, grité pidiendo socorro a mis verdugos. Poco después, en el paroxismo de mi terror, dije los nombres de mis contactos.

¡Pierre, Kabir, nunca os he vuelto a ver!

¡Perdonadme! ¡Perdonadme todos!